

MI MÁS DIFÍCIL DECISIÓN

Queridos compañeros:

Como ya sabéis, llevo muchos meses sin estar con vosotros y creo que eso va a continuar siendo así.

A pesar de todo el esfuerzo, de toda la ayuda que me habéis prestado, de toda la terapia a la que he ido y sigo yendo, no me siento capaz de enfrentarme de nuevo al trabajo allí.

Ha sido muy duro tomar esta decisión porque ya sabéis cuánto me gusta mi trabajo, pero ahora mismo no tengo fuerzas para poder hacerlo con la calidad y las ganas que se merecen los pacientes que atendemos en nuestro centro.

He de decir que desde la Gerencia me han ofrecido un puesto en el hospital acompañada de más fisioterapeutas, pero eso no evitará que en algún momento tenga que quedarme a solas con algún paciente, y la ansiedad que me provoca imaginarme esa situación me bloquea por completo, quizás cuando pase más tiempo... pero ahora es imposible.

Así que he optado por abandonar la fisioterapia, no sé si algún día la retomaré y tampoco sé qué rumbo tomar ni a qué dedicarme, imagino que surgirá alguna oportunidad cuando vea las cosas más claras.

Supongo que os preguntareis cómo me encuentro, y lo único que os puedo decir es que la palabra normal aún es una quimera.

Me han quedado secuelas físicas de cierta gravedad.

Tras las tres operaciones de cirugía estética que me han hecho en la cara, no puedo reconocirme en el espejo, mi nariz es otra por completo y tengo un lado totalmente insensible, además he perdido el 80% de la visión del ojo derecho, lo que me ha generado mucha inseguridad y no me atrevo ni a coger el coche.

En un principio la mano izquierda me preocupaba mucho, ya que si no conseguía recuperarla bien no podría trabajar, pero a pesar del ensañamiento con el que la pisó tantas veces, la rehabilitación ha dado sus frutos y, salvo alguna molestia cuando me levanto, tiene una funcionalidad casi perfecta. Como siempre os digo la fisioterapia es muy importante (hay que seguir haciendo patria a pesar de las circunstancias).

Los hematomas y las molestias derivadas del traumatismo craneoencefálico poco a poco fueron desapareciendo, pero al final me han tenido que extirpar el útero y los ovarios. En un primer momento intentaron salvarlos, pero los daños que produjeron tantas patadas en el vientre hacían recomendable tomar esa decisión.

Igual nunca hubiera tenido hijos, pero ahora ya no puedo elegir. Y es tan triste pensar que esa decisión tan personal la ha tomado otro en mi lugar y encima, de esta manera tan cruel.

Aunque él no me dice nada, sé que mi marido quería tener hijos. Esa circunstancia añadida a mi negativa durante mucho tiempo a todo tipo de contacto físico con cualquier persona ha enfriado mi relación, y la verdad es que no le culpo y tampoco lo haría si se marchara a vivir una vida menos complicada, bastante paciencia está teniendo.

Nunca me ha querido contar lo que sintió cuando le llamaron desde el centro para decirle que fuera rápido al hospital que me iban a operar de urgencia, aunque supongo que de todo lo que se le pasó por la cabeza nunca se imaginó que el motivo de esa operación hubiera sido una paliza.

Pero a pesar de todo esto, en mi opinión son mucho peores las secuelas psicológicas.

Apenas consigo dormir un par de horas cada noche, ya cuando el agotamiento me vence, y sólo para tener sueños confusos y abstractos que me hacen despertar sobresaltada y sudorosa, a lo que luego le siguen un montón de recuerdos inconexos que intento ordenar cada noche para darle sentido a todo lo que pasó. Voces, siluetas borrosas, pitidos, sirenas y ese frío en todo mi cuerpo que aún me hace tiritar, un frío que llegaba a los huesos y que me dio la sensación de que se acercaba el fin.

No me atrevo a salir sola de casa, dependo de mi marido o de mi hermana para ir a terapia, a rehabilitación, al médico... vamos, a cualquier sitio que no sea al salón de mi casa. Esto me hace sentir mal porque tienen que pedir permiso en el trabajo, o compaginarlo perdiendo tiempo de su descanso. Es en lo que estoy trabajando con mayor intensidad para quitarles esa carga y poder ser más autónoma y útil.

Una de las cosas que más curiosidad ha despertado a mi psicólogo es que ahora soy incapaz de meterme un trozo de carne a la boca, aunque esté muy hecha no puedo, me trae a la memoria ese sabor a sangre, a óxido, que sentí desde el primer puñetazo que me dio, y que no pude quitarme hasta días después.

También os interesará saber, de hecho me habéis preguntado muchos, cómo iban los trámites judiciales; pues bien, el juicio se celebró y ya se ha dictado sentencia, le van a meter una temporada, no muy larga desde mi punto de vista, en una cárcel de mínima seguridad, y me tiene que pagar una indemnización por todo el daño causado, aunque no creo que eso lo vean mis ojos ya que se ha declarado insolvente alegando que no ha podido volver a su puesto de trabajo por las secuelas de su lesión y no tiene ningún tipo de ingreso.

En un principio, tanto mi abogado como mi psicólogo, me aconsejaron que no fuera al juicio, que me podían eximir por cómo podría afectar a mi estabilidad mental un proceso el que se iba a revivir cada capítulo de la historia, desde el primer día que el paciente acudió al servicio para empezar la rehabilitación hasta mi situación actual, pasando por la agresión, las operaciones, la hospitalización y todas las terapias a las que he tenido que acudir.

Pero yo tenía que estar allí. Tenía que ver su reacción al encontrarnos. Albergaba la esperanza de que al verme y comprobar todo el daño que me había hecho se arrepentiría, y que así alguna de mis pesadillas podría desaparecer... pero nada más lejos de la realidad.

En ningún momento me miró, ni siquiera cuando declaré, ni me dirigió ninguna palabra de disculpa. Y cuando el forense relató las secuelas que me habían quedado sonrió, como si su objetivo se hubiera cumplido y pudiera descansar por fin.

En todo momento dejó claro que seguía culpándome de la mala evolución de su lesión, a pesar de que cuando vino el diagnóstico era de mano catastrófica

por un atrapamiento que había tenido en una de las máquinas con las que trabajaba en el taller que tenía en casa.

Había sufrido múltiples operaciones y era muy probable que no recuperara la funcionalidad de la mano. De hecho, cuando me llamó el médico rehabilitador para derivármelo me dijo, y cito literalmente, *“haz lo que puedas, pero la cosa es prácticamente imposible”*.

A pesar de eso, estuve trabajando con él durante más de diez meses una hora cada día. Probamos todas las técnicas posibles y leí cada artículo que creía que podía ayudar.

Recuperé bastante más de lo que en un principio se creía, tanto su cirujano como el médico estaban muy contentos con los resultados, hasta que ya no conseguimos avanzar más y el médico rehabilitador le dio de alta.

Empezaron los trámites con los tribunales de minusvalía, incapacidad... Y ya no supe más de la historia, había ocurrido lo mismo que con otros muchos pacientes, terminas el tratamiento y continúan con su vida.

Hasta aquel día que volvió a aparecer por el gimnasio. Al principio pensé que venía a saludar y a ponerme al día de cómo se había resuelto todo.

Pero no me dio tiempo más que a decir: “Buenos días...” y empezó a insultarme con todo tipo de improperios que por decoro no voy a plasmar aquí.

Me echó la culpa de haber destrozado su vida laboral y personal ya que, según él, su mujer le había dejado porque le daba grima mirar la mano que yo no había sabido recuperar.

Me dijo que era una profesional pésima, que no había trabajado lo suficiente para que se pudiera recuperar y que merecía que me pasara lo mismo para que entendiera cómo se sentía, que si no vivía exactamente lo mismo que él nunca comprendería el daño que mi falta de profesionalidad le había causado.

Fue entonces cuando intenté calmarle y explicarle de algún modo cómo había sido el proceso, de dónde se partía y lo que había conseguido... pero en cuanto dije la primera palabra sentí un fuerte golpe en la cara y empecé a notar ese terrible frío.

Desde ese momento ya no pude ver con claridad y apenas podía moverme para frenar las patadas que me estaba dando, sé que intenté cubrirme con las manos, pero con cada golpe me sentía más paralizada, sólo era capaz de oír cómo me repetía *“ahora sí que lo vas a entender, zorra”*.

No sé cuánto tiempo estuvo golpeándome, igual fueron diez minutos, igual fueron dos horas, pero de pronto paró y se fue, me quedé tirada en el suelo del gimnasio sola, quieta... Y empecé a sentir una enorme tranquilidad, una sensación de paz como cuando te acurrucas bajo las mantas en las noches de invierno y piensas que nada malo te puede pasar, que esas mantas te van a proteger de todo.

De repente una voz me sobresaltó al gritar mi nombre, y empecé a notar movimiento a mi alrededor, gente que gritaba *“Dios mío, Dios mío”*, *“Ayuda, rápido en el gimnasio”*, gente que corría, gente que pedía material, gente que me daba ánimos, gente que me preguntaba... pero yo era incapaz de reaccionar, ni de contestar, ni de nada, hasta que noté una mano que cogía la

mía. Me aferré a esa mano como si de un salvavidas se tratara, como si fuera el ancla que me impediría ir a la deriva.

Toda esa gente erais vosotros, mis compañeros, que hicisteis lo que mejor sabéis hacer, salvar vidas. A vosotros os debo el estar escribiendo esta carta.

Y a esa mano que no me soltó hasta llegar al hospital, cómo agradecerle todo el bien que me hiciste, no puedo explicarlo con simples palabras, no sería justo, pero lo más parecido sería decir que por fin conocí a mi ángel de la guarda.

La verdad es que en estos meses he pasado por muchas fases, me dicen en terapia que es normal en procesos tan traumáticos.

Empecé por buscar culpables. Por supuesto todo el mundo me decía que yo no había hecho nada para provocar esa situación, que mi paciente estaba trastornado, que era muy agresivo, que todo era por su culpa, pero en mi fuero interno necesitaba culpar a más gente, no creía que una sola persona pudiera hacer tanto daño.

Culpé a mi compañera por llegar tarde todos los días, pero en especial ese en que tanta falta me hizo.

Culpé al médico rehabilitador por dejarme a mí la responsabilidad de decir al paciente que acababa el tratamiento y que no podíamos hacer nada más por él.

Culpé al sistema por las pensiones que conceden cuando te incapacitan para tu trabajo habitual y que no dan para llegar a fin de mes, ni siquiera para llegar a la mitad.

Y por supuesto me culpaba a mí, me atormentaba la idea de que él tuviera razón y no hubiera trabajado lo suficiente para recuperar su mano, de que estuviera estancada en la profesión y que con técnicas más modernas hubiera podido recuperar algo más. Aunque hubiera sido así, sé que es imposible justificar lo que hizo, pero en los momentos bajos aún me rondan esas ideas.

También pasé por una fase de enojo que casi acaba con mi familia. No quería hablar con nadie, no cogía el teléfono ni siquiera a todas las personas que no han dejado de estar a mi lado a pesar de mis malos modos en algunos momentos. Incluso dejé de ir a terapia, aunque a Dios gracias, enseguida me di cuenta de que ese no era el camino a seguir.

Intenté buscar el lado positivo y bromear con algunos de los detalles de la situación, como cuando decía que siempre había querido tener la nariz como Cleopatra, o que me venía muy bien una temporada de descanso en casa que tenía demasiada presión asistencial. Pero tampoco así me encontraba mejor.

La verdad es que en muchas ocasiones no he sabido gestionar las emociones que iban apareciendo, y la terapia ha sido imprescindible para no caer en un pozo oscuro y profundo.

Al principio cuesta ir porque piensas que tú eres más fuerte que todo eso, y que no lo necesitas. Y en las primeras sesiones se hace raro expresar lo que realmente sientes a un extraño, aunque luego te das cuenta que es al revés, que es más fácil explicar tus miedos y tus miserias a alguien que no tiene relación contigo y que sin embargo te escucha con paciencia, que amargar a tus padres o a tu pareja que, aunque te quieren ayudar, en muchas ocasiones

no saben cómo y lo único que consigues es preocuparles y quitarles el sueño una noche más.

Me hubiera gustado escribir en esta carta que nos volveríamos a ver en unas semanas, pero como veis es imposible.

También me hubiera gustado ir allí y hacer estas cosas a nuestro estilo, con el bizcocho y los rosquillos correspondientes, con los que tantas cosas hemos celebrado en la sala de descanso; pero aún no he podido ni acercarme al edificio al que he considerado mi segunda casa. Son demasiados los recuerdos y los miedos que no he superado, quizás algún día lo haga y pueda abrazaros de nuevo.

He preferido explicaros personalmente las razones de mi decisión porque siempre he defendido que hay que ir con la verdad por delante, y que eso evita muchos comentarios y malos entendidos.

No quería acabar la carta sin agradeceros tantas muestras de cariño y apoyo que me habéis hecho llegar durante estos meses. Siempre me sacabais una sonrisa con vuestros comentarios y ocurrencias.

Cada mañana desayuno en la taza que me disteis. Cuánta verdad hay en la frase que lleva grabada “el chocolate viene de una planta, así que se considera ensalada”, ja, ja, sois la leche.

Os dejo en muy buenas manos. Me consta que el Fisio que me está sustituyendo es un gran profesional, con ganas de trabajar, y que tanto los pacientes como vosotros estáis muy contentos, así que me quedo más tranquila.

En estos más de catorce años que llevo con vosotros he crecido como persona y como profesional, he aprendido muchísimo porque os habéis preocupado de enseñarme, y aunque en algunos momentos hayamos tenido nuestras diferencias, algo que creo que es inevitable en cualquier trabajo, lo hemos solventado sin que llegara la sangre al río.

Siento no haber sido más fuerte, siento no haber podido superar este episodio de mi vida y continuar hacia delante. Siento no poder seguir trabajando con vosotros. Espero que lo podáis entender.

Esto toca a su fin. Ha sido un placer compartir las batallas diarias con tan grandes profesionales.

Siempre he defendido que me había tocado el mejor centro de salud de la provincia y lo sigo pensando.

No quería despedirme sin pedir os un favor, cuidaros mucho para seguir cuidando.

Me despido como cariñosamente me habéis llamado siempre, hasta pronto:

La Fisio